



Universidad Pontificia
de Salamanca

Discurso de Gracias D. Franceso Tonucci

Doctor *honoris causa* de Educación

El Valor Profético de los Niños

La infancia suele considerarse una fase preparatoria de la vida, un periodo de crecimiento que anticipa los años cruciales del aprendizaje, que comenzarán con el inicio de la escuela, en lo que antes se llamaba «la edad de la razón». La palabra 'infancia', del latín *in-fari*, significa 'quien no habla' (*in* privativo, como incapaz, y *fari*, de hablar). El niño se define por aquello que aún no puede hacer. En estos primeros cinco o seis años, el niño necesita amor y, especialmente, protección. En su escuela, que antes, no por casualidad, se llamaba escuela maternal, no se enseña a escribir ni a contar, más bien se le deja jugar, dibujar, manipular plastilina, sin expresarse y sin objetivos definidos.

Las familias, que esperan ansiosamente el primer aprendizaje real, a menudo piden a la escuela que los anticipe, creando así un año de preparación para la lectura y la escritura a partir de los cinco años. Curiosamente, en Finlandia, uno de los países que tienen los mejores resultados en el ranking mundial de primaria, esta escuela comienza a los siete años y no a los seis como en casi todos nuestros países, concediendo a los niños un año extra de jardín de infancia.

1. Una visión diferente de la infancia

A partir de aquí, sin embargo, comienza una nueva historia, una nueva y diferente forma de considerar la infancia. Nuestros grandes maestros del siglo pasado nos lo enseñaron con datos científicos, desde Piaget hasta Vygotsky, Bruner o Freinet, Freire y Montessori: que los años más importantes de la vida son los primeros.

Pero esta evaluación diferente del niño está presente a lo largo de nuestra historia milenaria. Jesús dice: «En verdad os digo que, si no os arrepentís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Una frase misteriosa y aparentemente paradójica, porque ciertamente no se pronuncia en sentido metafórico o provocativo, y además se dice en un periodo histórico y en una cultura en la que los niños no contaban para nada. El Señor nos pide que seamos como niños, no que «permanezcamos niños» ni que «volvamos a ser» como niños; y este «devenir» incluye toda la parábola del crecimiento del hombre, es decir, un viaje para volverse dignos de entrar en el Reino.

El médico polaco Janusz Korczak, director del orfanato judío de Varsovia y que murió en 1942 acompañando a sus niños a la cámara de gas, escribió a principios del siglo pasado:



Universidad Pontificia
de Salamanca

«Dices: es agotador estar con los niños. Tienes razón. Añades: porque tienes que ponerte a su nivel, rebajarte, bajar, doblarte, hacerte pequeño. Te equivocas. Este no es el aspecto más agotador.

Más bien es el hecho de verse obligados a alcanzar la cima de sus sentimientos. Estirarte, ponerte de puntillas. Para no herirlos.»

María Montessori, en el siglo pasado, escribió: «Si hay esperanza de salvación y ayuda para la humanidad, esa ayuda solo puede venir del niño, porque en él se construye el hombre».

Pablo Picasso, que salía de una exposición de arte infantil, dijo: «Cuando tenía su edad ya sabía dibujar como Rafael, pero me llevó toda una vida aprender a dibujar como ellos».

El 17 de octubre de 2023, el Papa Francisco anunció la primera reunión con niños que se realizaría en el 2024, diciendo: «Os espero para aprender también yo de vosotros».

2. El valor profético de los niños

En el *Talmud babilónico* se sostiene que la profecía, en su forma específica, cesó con la destrucción del Primer Templo. Según el rabino Yohanan: «Desde el día en que el Templo fue destruido, la profecía fue arrebatada a los profetas y entregada a los locos y a los niños».

Como dije al principio, la infancia deriva del latín: *In-fari*, que significa «quién no habla».

Profeta proviene del griego *Pro-phemi*, que significa «habla en lugar de».

Don Lorenzo Milani, en su *Carta a los Jueces*, ya había hablado de la función profética, pero refiriéndose al maestro:

«El muchacho aún no es criminalmente imputable y aún no ejerce derechos soberanos, solo debe prepararse para ejercerlos mañana y, por tanto, es nuestro inferior por un lado porque debe obedecernos y nosotros respondemos por él, por otro nuestro superior porque mañana decretará leyes mejores que las nuestras. Así que el maestro debe ser un profeta en la medida de lo posible, escrutando las «señales de los tiempos», adivinando a ojos de los niños las cosas hermosas que verán claramente mañana y que nosotros solo vemos con confusión».

Me gustaría examinar cómo los niños tienen la capacidad de señalar nuestros errores, debilidades e incapacidades, por supuesto, si tenemos la humildad y el valor de escucharlos y de tener en cuenta lo que nos dicen. Me refiero a la función profética de los niños, naturalmente no en un sentido religioso, sino en un sentido secular, pedagógico y político. Examinemos si y cómo escuchar a los niños puede ayudarnos, a los adultos, a ser mejores padres, educadores y líderes políticos.

El profeta a veces no quería ser profeta como Amós, quien era pastor y se dedicaba a cultivar sicómoros, pero el Señor lo llamó. El profeta a veces no era consciente de lo que decía, el mensaje le venía de Dios y su tarea era repetirlo. Los niños suelen decir cosas que tienen significados profundos de los que los propios niños no son plenamente conscientes.



Es interesante notar que son precisamente los niños más pequeños quienes pueden darnos las señales más atrevidas y exigentes (de las que los adultos normalmente se defienden considerándolas agradables ingenuidades infantiles). Por supuesto, los niños denuncian nuestros errores hacia ellos, las faltas de atención a sus necesidades, las cosas que nosotros adultos no reconocemos y, por tanto, no respetamos.

Los adultos parecen ante los ojos de los niños personas extrañas que no han vivido la experiencia que ellos viven, que nacieron sin sufrir la infancia. Antoine de Saint-Exupéry nos recuerda esto en la primera página de su obra maestra *El Principito*: «Todos los adultos alguna vez fueron niños. (Pero pocos lo recuerdan)».

En realidad, es difícil culparles, porque cuando nos convertimos en padres repetimos exactamente sus mismos comportamientos, que no nos gustaban cuando éramos niños. Y si somos maestros, que probablemente desde niños no han amado la escuela, haremos exactamente lo mismo que hicieron nuestros maestros, logrando que nuestros alumnos tampoco la amen. Les pedimos quedarse quietos, en silencio y escuchando durante horas, y los sobrecargamos con exámenes, las notas y los deberes para la casa. Lo mismo si tenemos responsabilidades administrativas y políticas en las decisiones de la ciudad, cuando, por ejemplo, tenemos más en cuenta las necesidades de los coches que las de las personas y, especialmente, de los ancianos y de los niños.

Antes de analizar las propuestas de los niños, debemos preguntarnos qué significa escuchar a los niños. Escucharlos significa, ante todo, entenderlos, dar sentido a lo que nos dicen o nos muestran, a menudo de forma no del todo explícita. Pondré dos ejemplos:

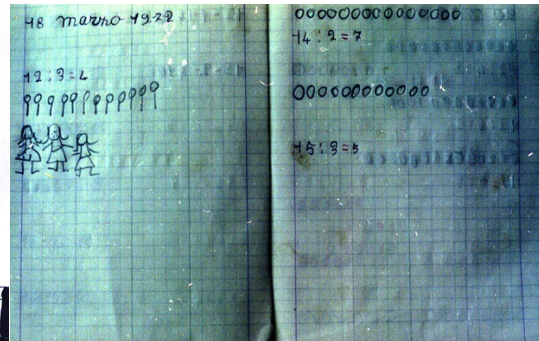
1. *El Verbo Descubrir*. El primer ejemplo, aunque ya lo he citado muchas veces, me parece ejemplar. Cuando mi hijo mayor tenía tres años, un día me dijo: «Papá, he descubierto». Había descubierto que 'descubrir' es de la tercera conjugación y que los verbos de la tercera en participio pasado terminan en -ido por lo que 'descubrir' *debe* hacer 'descubrido'. Todos los niños del mundo, alrededor de los tres años, logran este descubrimiento y cometen el mismo hermoso «error». El problema fue que, a los seis años, en su primer día de escuela, la maestra le pidió a mi hijo que llenara una página de su cuaderno con la letra A, considerando el y todos sus compañeros ignorantes y analfabetos. ¡Y todos **ya** desde los tres años sabían ~~ya~~ conjugar los verbos!
2. *El Dibujo de Vanna*. El segundo ejemplo es el dibujo de Vanna. Encontré a Vanna hace muchos años, cuando estaba en primer grado de primaria y pasaba a saludar a sus maestras de la escuela infantil. Las maestras me enseñaron el dibujo que Vanna había realizado a los 5 años. Su dibujo era muy complejo y demostraba una gran capacidad creativa. Pido entonces a Vanna que me deje ver algún cuaderno de su actual escuela primaria. Y descubro que, a los seis años, ya en la escuela primaria, su dibujo se ha convertido en algo rígido, banal, descuidado. «¿Qué pasó con la capacidad de Vanna para dibujar?».



Universidad Pontificia
de Salamanca



Dibujo de Vanna a los cinco años



Un año después...

Estos son dos ejemplos que indignan y claman justicia. Denuncian la ignorancia adulta y la violencia de nuestras propuestas educativas, capaces más de destruir habilidades y competencias que de desarrollarlas y hacerlas crecer. Los profesores deben saber que todos los niños saben conjugar los verbos desde los tres años y que todos aprenden a dibujar, así como aprenden a hablar, sin ninguna intervención particular de los adultos, y que todos, como adultos, deberían poder usar este lenguaje prodigioso, sin necesariamente ser artistas, igual que todos seguimos escribiendo sin necesariamente ser escritores o poetas.

Escuchar a los niños también significa esto, saber observarlos y cómo interpretar sus mensajes que a menudo no son explícitos, no se explican con palabras. A menudo ocultos en lo que nosotros, los adultos, errónea e ingenuamente llamamos «errores». Significa tener una «oreja verde», como dice Gianni Rodari: «una oreja de niño que me sirve para oír cosas que los adultos nunca se paran a sentir». Escucharlos significa no herirlos, como dice Korczak.

Ahora pasemos a la parte central, eligiendo entre los cientos de frases de niñas y niños escuchadas en estos treinta y cinco años del proyecto «La ciudad de niñas y niños», que hoy está presente en más de doscientas ciudades de quince países.

Son frases propuestas o protestas de los niños referidas a estos tres ámbitos de la vida infantil: la familia, la escuela y la ciudad. Son frases a menudo recogidas en los Consejos de Niños que en nuestras ciudades de la Red Internacional constituyen un órgano de consulta requerido por el alcalde. Son niños de la escuela primaria, elegidos por sorteo, que se reúnen con frecuencia para ofrecer a la política el punto de vista de la niñez. Es una propuesta de sana contaminación de la política adulta con el pensamiento infantil.

El 20 de noviembre de 2001, cumpleaños de la Convención sobre los Derechos del Niño, el alcalde de Roma inauguró el Consejo de la Infancia diciendo: «Hoy queremos comenzar un trabajo con vosotros: necesito vuestro consejo, vuestra ayuda. El alcalde escucha a muchas personas, muchos puntos de vista, pero a menudo no se oye el punto de vista de una parte que a mí me importa particularmente: los niños. Sucede que los adultos olvidan cuando eran niños. Desde hoy empezamos a trabajar juntos porque queremos cambiar la ciudad».



Universidad Pontificia
de Salamanca

El alcalde de una gran ciudad necesita la ayuda de los niños, y la necesita por un propósito puramente político: cambiar la ciudad.

La primera es la frase de un niño de 5 años que, en el jardín de infancia de Correggio, en Italia, cerca de Reggio Emilia, trabajaba con su maestra y compañeros en los derechos de los niños, y dice: «Si los adultos no escuchan a los niños tendrán grandes problemas». Es difícil imaginar que un niño tan pequeño sea consciente de los desastres que realmente estamos cometiendo los adultos, pero es aún más difícil tener el valor de decir que no es cierto y que no tiene razón.

Casi como confirmación, Victoria (10 años) del Consejo de Niños de Rosario en Argentina dice: «A mí me parece que los mayores tienen la culpa de todo. Hay que poner límites a los mayores». En este caso, no solo se confirma la acusación, sino que se propone un remedio: disminuir el poder de los grandes. Si los adultos tomaran la propuesta en serio, podrían empezar a reflexionar sobre cómo limitar su poder sobre los niños, pero también el de los hombres sobre las mujeres, del hombre sobre la naturaleza: un camino muy interesante que podría llevar a la política a conclusiones virtuosas. Algunas de estas conclusiones podrían ser las que los niños nos indican en otras propuestas.

Una niña de 4 años de Reggio Emilia dice: «Para ser feliz hay que ser dos o tres»: no se puede ser feliz solo, pero tampoco ~~en~~ demasiados. Una indicación muy clara de la dificultad que supone ser hijo único para un niño, o estar aislado en el colegio en un pupitre y en silencio, así como la incomodidad de ser demasiados, quizá todos en silencio para escuchar o tal vez haciendo ruido y creando confusión.

3. Los niños y la escuela

Después de estas dos contribuciones de niños especialmente pequeños, intentemos examinar el pensamiento de los niños sobre la escuela. Lo examinamos primero porque la escuela es la experiencia que en los últimos cuarenta años se ha vuelto hegemónica en la vida de los niños, ocupando cada vez más su tiempo y compromiso. También es la única experiencia que ha permanecido sustancialmente inalterada frente a los profundos cambios que han tenido lugar en todas las demás áreas de nuestras vidas. Hasta hace unos cuarenta años, la vida de todas las niñas y niños desde antes del inicio de la escuela primaria se dividía en tres experiencias fundamentales: la familia, el colegio y la calle (entendiendo por «calle» el espacio fuera de la casa donde todos se reunían por la tarde para jugar sin la presencia de los padres, pero también las diferentes rutas para ir a la escuela, a las tiendas o a casa de familiares y amigos). Desde hace unos cuarenta años, la calle ha desaparecido de la vida infantil y, con ella, la ciudad. La escuela ha incrementado su presencia ocupando el tiempo que antes ocupaba la calle, aumentando su horario de servicio, manteniendo los deberes y desarrollando actividades vespertinas (deportes, actividades artísticas, estudio de idiomas, que, sin embargo, mantienen las características de la escuela y no del juego).

En Montevideo el padre pregunta a Emilia de 6 años: «Querida, ¿qué es lo que más te gusta de la escuela?». Ella responde: «Irme».



Universidad Pontificia
de Salamanca

En Bogotá, Javier de 7 años le dice a su madre: «Yo quiero ir a la escuela un día a la semana porque es suficiente para aprender lo que me enseñan, y los demás días los necesito para jugar».

En internet se puede encontrar a un niño colombiano de 6-7 años que dice llorando: «La escuela no la ha hecho Dios, sino un hombre loco que no sabía qué hacer con los niños».

Probablemente estas afirmaciones no nos sorprendan, porque son similares a las que muchos de nosotros habríamos pronunciado cuando teníamos la edad de estos niños. Yo las habría dicho hace ochenta años, mis hijos las habrían dicho hace cincuenta años y mis nietos hace treinta años. Pero esto no debería tranquilizarnos, simplemente significa que los niños, o más bien, la gran mayoría de los niños, nunca han amado la escuela. En el mejor de los casos, en la escuela se aburren y esto se considera normal, pero no debería considerarse normal. Un experto como Jerome Bruner lo dice explícitamente en una entrevista: «El problema es que los alumnos se aburren. Eso sí que es un gran problema que hay que evitar a toda costa». Es un gran problema, porque si se aburren es evidente que no aprenden y la escuela pierde su propósito principal. Pero quizá ese sea el verdadero problema. Hoy en día la escuela probablemente se ha convertido en el único lugar donde los niños pueden permanecer durante horas, porque los adultos ya no saben qué hacer con ellos, como dice el niño colombiano.

¿Pero y si quisiéramos tomarnos en serio estas quejas de los niños? Primero deberíamos hacernos la pregunta: ¿cómo nos aseguramos de que a los niños les encante la escuela? No que la soporten, sino que la amen, que la consideren un regalo, un privilegio. Solo entonces se convertirá en una experiencia importante y valiosa. Primero deberíamos liberarle de todo lo que no es útil y que la hace pesada y hostil, como la larga estancia sentados, inmóviles y en silencio escuchando a un adulto que explica. Esto significa renunciar al aula como lugar fundamental de la experiencia escolar. Replantear el espacio escolar como una serie de espacios donde se puedan vivir diferentes experiencias, que estimulan todas las capacidades humanas, desde las científicas y literarias hasta las artísticas, físicas y manuales, para que todos puedan encontrar aquellas que mejor correspondan a sus actitudes y capacidades. Eliminar los deberes, porque el tiempo fuera de la escuela no es de la escuela, sino ese «tiempo libre» prometido por el Artículo 31 de la Convención y destinado al juego. Eliminar las notas, pruebas y exámenes para fomentar el interés por las actividades que se realizan y no por el miedo a ser juzgado. Esos niños nos cuentan todo esto. No quieren deshacerse de la escuela, sino solo de esta escuela, porque es una escuela equivocada. Y el artículo 29 de la Convención sobre los Derechos del Niño nos lo dice muy claramente cuando dice: «Los Estados convienen en que la educación del niño deberá estar encaminada a desarrollar la personalidad, las aptitudes y la capacidad mental y física del niño hasta el máximo de sus posibilidades».

Esta escuela atraería a todos los niños y, en realidad, les gusta mucho a aquellos que tienen la suerte de tenerla. Estamos siguiendo a algunas de ellas en Cataluña y en el País Vasco y sus alumnos están tan contentos que les gustaría que las escuelas abrieran también los fines de semana. Esos niños aprenden mucho eligiendo la mayoría de las actividades a las que dedicarse, en escuelas que han renunciado a las aulas para ofrecer talleres. Viven sus días escolares trabajando juntos desde los dos hasta los doce años y aprendiendo, además de muchos contenidos «escolares», también a vivir juntos relacionándose con personas diferentes, ayudándose mutuamente. Cuando pasan a institutos o escuelas superiores con



métodos incluso muy diferentes, no tienen ningún problema. Recuerdan todo de su experiencia escolar, algo que yo, por ejemplo, casi he olvidado por completo.

4. Los niños, la familia y la ciudad

Ahora pasemos a la familia y a la ciudad. Debemos examinarlas juntas porque, como he dicho, la ciudad desapareció de la vida de los niños hace unos cuarenta años, y ya no pueden ir solos al colegio ni salir cada tarde a jugar con amigos. Desapareció debido a una decisión de las familias que, alrededor de los años ochenta, pensaban que sus hijos ya no podían salir de casa sin acompañamiento y, por tanto, hicieron que el juego desapareciera de la vida de sus hijos. La mía es una afirmación clara y firme: el juego para ser considerado tal debe ser inútil, libre y autónomo. No se juega para aprender, aunque sea un hecho que se aprenda más con el juego que con cualquier otra experiencia (Einstein decía que «Jugar es la forma más alta de investigación»), sino solo para jugar. No se juega acompañados ni supervisados por adultos: el verbo *jugar* solo se puede conjugar con el verbo *dejar*. Las razones de este rápido cambio en el comportamiento de las familias no están claras porque, en las respuestas a los diversos cuestionarios utilizados en las últimas décadas, los padres afirman que hoy en día las ciudades no permiten la salida autónoma de los hijos porque son demasiado peligrosas, ~~tanto~~ por las personas que podrían encontrar y por los peligros de tráfico. Pero los datos que estamos recogiendo dicen exactamente lo contrario: las ciudades actuales son mucho más seguras, tanto en términos de accidentes de tráfico como en delitos comparadas a las ciudades en los tiempos en que yo era niño o donde fueron niños mis hijos. Creemos que lo que ha aumentado en las últimas décadas no es el peligro, sino el miedo, y que ha aumentado como resultado principal de dos factores: por un lado, la información, especialmente la televisión y ahora lo virtual, cada vez más interesados en examinar y comentar los eventos más terribles, violentos y vergonzosos que ocurren. Una información obsesiva que mantiene la atención pública alta en los mismos hechos durante largos periodos, haciendo que se perciban como más frecuentes y cercanos de lo que realmente son. Por otro lado, una política que utiliza el miedo para sus fines electorales y de poder, construyendo enemigos e inventando soluciones para combatirlos. El miedo, que es un sentimiento fundamental de defensa, se ha convertido en una peligrosa sensación de parálisis, y naturalmente las personas más frágiles son las que pagan el precio más alto.

Federico, un niño de 10 años del Consejo de los Niños de Roma, le dice a su alcalde: «Pido a la ciudad permiso para salir de casa». Bruno, de 9 años de Rosario, dice, hablando del peligro en las calles de su ciudad: «Es importante que los adultos nos ayuden, pero desde lejos».

La petición de Federico resulta extraña porque, evidentemente, solo sus padres pueden darle ese permiso. Pero sus padres le responden: «No puedes salir porque la ciudad no lo permite» y entonces se dirige a su alcalde para que haga algo que cambie la ciudad. Los padres de Federico creen que la situación en la ciudad es ahora irreversible y que deben aceptarse las consecuencias. Federico no se resigna porque para él salir a la ciudad es una necesidad primordial. Como dice San Agustín: *«La esperanza tiene dos hijas hermosas: la ira y la valentía. La ira ante el estado de las cosas y la valentía, para cambiarlas»*.

Federico quiere que su alcalde tenga la voluntad y el valor para cambiar las cosas.



Y Bruno, de Rosario, también tiene una propuesta innovadora. En el Consejo de Niños, en el que yo también participaba, discutimos los peligros que la ciudad representaba para quienes querían ir al colegio con amigos o jugar fuera de casa, y las propuestas eran las más obvias: más policía en las calles, más cámaras, que nos acompañaran adultos; pero Bruno, entre los más pequeños, rompe el esquema y lanza una idea nueva e innovadora: «Que los adultos ayuden a los niños, pero de lejos». No «quédate siempre cerca de mí», no «dame la mano», sino «ve tranquilo», no te preocupes, estoy aquí, hay vecinos, hay comerciantes. En las ciudades de nuestra red, donde ocurre la experiencia de ir al colegio con amigos, sin adultos, hemos involucrado a los comerciantes para que asuman el papel de «amigos de los niños» ofreciéndoles el baño, un vaso de agua o una tirita. Esta experiencia se ha llevado a cabo en grandes ciudades como Roma, Madrid, Buenos Aires, Rosario o en ciudades más pequeñas como Fano, Pontevedra, Pesaro, Huesca, y en más de treinta años no se ha perdido ni un solo niño ni se ha registrado ningún accidente grave.

Por supuesto, el hecho de que los niños no puedan salir, ha creado un gran problema para las familias: qué hacer con ellos, qué hacer con los niños cuando no están en la escuela. Como ya se ha mencionado, la escuela ha respondido a esta necesidad ampliando su programación. Así, nacieron las actividades de la tarde. Por último, la ciudad ha considerado correcto responder a las necesidades de las familias creando espacios de juego para los niños. Espacios donde los niños siempre deben ir acompañados por un adulto y donde la mayor preocupación es la seguridad de los propios juegos. Sobre estos espacios, los niños de los Consejos han expresado muchas críticas diciendo que siempre son iguales y que no hay sorpresa, que siempre son planos y que no se pueden esconder, que están cerrados con redes y rejas, que no hay arbustos para besarse en secreto, que hay adultos que controlan siempre.

Estas críticas, si se examinan con serenidad, conducen a una conclusión clara: estos espacios, a pesar de la buena voluntad y creatividad de los arquitectos y urbanistas que los diseñan, no tienen nada que ver con el juego infantil, son espacios donde los niños van acompañados y donde el adulto espera a que el niño esté cansado. Y el niño, tras un tiempo normalmente corto, se cansa y vuelve a casa. Pero un niño que juega de verdad nunca se cansa. Normalmente se olvida de que tiene hambre y hasta que debe orinar, y sus padres tienen que llamarle varias veces para que vuelva porque la cena está lista.

Pero me gustaría terminar esta breve revisión con la opinión de Javier, consejero de 10 años de Buenos Aires que dijo: «Para divertirnos no tenemos que sentirnos demasiado seguros».

Una frase que merecería un debate con arquitectos y urbanistas para estudiar cómo asegurar que el juego infantil siempre mantenga abierta la puerta al descubrimiento, al obstáculo, al peligro, para buscar las soluciones adecuadas y experimentar la satisfacción del éxito o la frustración del fracaso. A la pregunta «¿Qué es el juego para un niño?», la psicóloga francesa Françoise Dolto respondió: «Diría que es disfrutar de la realización de un deseo a través de riesgos».

5. Entonces, ¿qué podemos y debemos hacer?

Hoy en día, además de los graves problemas cognitivos, sensoriales y sociales que la falta de juego libre viene generando en los niños desde los años 80, debido a demasiadas horas pasadas frente a la televisión y, en cualquier caso, sin movimiento adecuado, existen las consecuencias muy graves de un uso temprano de dispositivos electrónicos, que llegan a manos de los niños ya en los primeros meses de vida para



entretenarlos y se convierten en su principal pasatiempo e interés desde el momento en que los reciben como regalo, normalmente en Primaria. Niñas y niños pasan horas viendo programas pornográficos, jugando a juegos de azar, organizando o sufriendo experiencias de acoso escolar, aislándose del mundo real para vivir en un mundo virtual, aparentemente más fácil y seguro, perdiendo el interés por la lectura, la escritura y la vida social.

Estos peligros son mucho más reales y graves que los injustamente temidos en el juego libre. Y sabemos que las prohibiciones de los móviles o la regulación de su uso no son muy efectivas. Creemos que la única salvación para nuestros hijos puede ser ofrecerles algo que les guste más que un teléfono móvil. Pero debemos ofrecerlo antes de que el teléfono forme parte de sus vidas, antes de que empiece la escuela primaria: ofrecerles la oportunidad de salir de casa cada día, sin adultos, de vivir la experiencia del juego libre, con amigos, sin sentirse *demasiado seguros* como recomienda Javier, de Buenos Aires.

Sin duda, esta es la petición más fuerte, urgente y necesaria que los niños hacen hoy en día al mundo adulto: ante todo, a la familia, pero también a la escuela y a la ciudad.

5. El papel de Frato

Si me permiten cinco minutos más, me gustaría terminar hablando de Frato, mi alter ego, que dibuja caricaturas. Porque él también, de alguna manera, intenta participar en esta misión profética de la infancia para ayudar a los niños a hacer visible lo que a veces no pueden decir con suficiente claridad y malicia, porque aman a sus adultos de referencia, los necesitan y no pueden ofenderlos. Frato da voz a los niños a través de la ironía y la sátira, intentando provocar en el lector primero una risa y luego la amarga constatación de que se está riendo de sí mismo, de su ingenuidad y de sus errores.



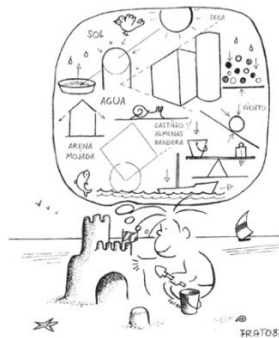
El adulto esconde la verdad por pudor. Al niño se le engaña, porque la interpreta coherentemente y no entiende.



Universidad Pontificia
de Salamanca



Una petición simple, mínima, por tener que soportar tantas horas, todos los días, durante muchos meses y años.



Normalmente se cree que jugar es perder el tiempo; al contrario, es lo más importante y precioso, además de divertido.



Universidad Pontificia
de Salamanca



En el hospital el niño no se encuentra bien; si no, estaría en casa. Por suerte, el hospital no es obligatorio. Pero si en el hospital se escucha a los niños, ellos viven mejor esta dura experiencia. Lo estamos comprobando en el hospital Pediátrico Pedro de Elizalde, de la ciudad de Buenos Aires, donde los médicos escuchan las propuestas y peticiones de los niños, y la vivencia cambia notablemente.



Los niños piden de muchas maneras que le devuelvan la ciudad que le han robado



Universidad Pontificia
de Salamanca



«Yo salgo a jugar» dice la niña, y sus padres le responden: «Te queremos tanto que te dejamos, y cuando vuelvas a casa nos lo cuentas».





Universidad Pontificia
de Salamanca

Esta es la verdadera frase profética que los niños no pueden decir, pero que realmente se verifica: si los niños regresaran a vivir la ciudad, a recorrer sus calles, a jugar en el espacio público, no jugarían solo para ellos mismos, sino que lo harían por el bien de todos nosotros. Las ciudades serían mejores, regresarían a ser lugares parecidos a aquellos descritos más de 2000 años atrás por Zacarías:

«Llamarán a Jerusalén ‘Ciudad Fiel’: de nuevo se sentarán ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén; todos con su bastón, y sus calles estarán llenas de niños y niñas jugando» (Zac 8, 3-5).

Francesco Tonucci

Istituto di Scienze e Tecnologie della Cognizione

Consiglio Nazionale delle Ricerche

Salamanca, 27 de marzo de 2026